

THESAURVS

| REVISTA DIGITAL DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO | NÚMERO 60 - JULIO 2020 - JUNIO 2021 |
| ISSN 0040-604X - ISSN-e 2462-8255 |

Monográfico
**HACIA UNA
EPISTEMOLOGÍA
DE LA ESCRITURA
CREATIVA**

-
- Editorial | 1
Juan Manuel Espinosa - Juan Álvarez
- Libertad, oficio y conocimiento
(la escritura de ficción en la era académica) | 3
Alejandra Jaramillo
- Inventar el archivo | 13
Juan Álvarez
- La aurora de las cosas | 30
Andrea Mejía
- Celebración del lenguaje en el poema | 42
Juan Camilo Suárez
- Algo se muere, pero no es para siempre | 60
María Paz Guerrero
- El corazón en la página | 81
Betina González
- La pulsión efrástica y el saber poético | 94
Andrea Cote-Botero
- Desapropiación para principiantes | 106
Cristina Rivera Garza
- Aproximación a un momento y un caso | 117
Sergio Chejfec
- No basta que existan las cosas | 128
Yuri Herrera

THESAURVS

REVISTA DIGITAL DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO
NÚMERO 60 - JULIO 2020 - JUNIO 2021

Comité editorial

Carmen Millán de Benavides

Directora
Instituto Caro y Cuervo

Juan Manuel Espinosa

Editor
Subdirector Académico
Instituto Caro y Cuervo

Juan Álvarez

Editor invitado
Maestría Escritura creativa
Instituto Caro y Cuervo

Susana Rudas

Editora asistente
Instituto Caro y Cuervo

Margarita Valencia

Maestría Estudios Editoriales
Instituto Caro y Cuervo

César Augusto Buitrago Quiñones

Divulgación editorial
Instituto Caro y Cuervo

Revista digital *Thesaurvs* - Periodicidad: anual
ISSN-e: 2462-8255

revista.thesaurus@caroycuervo.gov.co
thesaurus.caroycuervo.gov.co



La cultura
es de todos

Mincultura



Comité científico

Adolfo Elizaincín

Ph.D. en Filología Románica, Universidad de Tubinga.
Miembro de número de la Academia Nacional de Letras del Uruguay, Uruguay

Alejandra Jaramillo Morales

Ph.D. en Literatura, Tulane University Of Louisiana.
Docente de la Universidad Nacional de Colombia,
Departamento de Literatura y Maestría en Escrituras Creativas

Álvaro S. Octavio De Toledo y Huerta

Ph.D. en Filología Románica, Universidad de Tübingen. Profesor asistente Universidad de Múnich Ludwig Maximilians, Alemania

Ana María Díaz Collazos

Ph.D. en Lingüística Hispana, University of Florida, Estados Unidos

Ana María Fernández Lávaque

Argentina

Micaela Carrera de la Red

Ph.D. en Filología Hispánica, Universidad de Valladolid. Catedrática de Filología Románica, Universidad de Valladolid, España

Enrique Obediente

Catedrático Departamento de Lingüística de la Universidad de Los Andes (Mérida) e individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua, Venezuela

Francisco Marcos Marín

Ph.D. en Filología Románica, Universidad Complutense de Madrid. Experto en el Consejo Europeo de Investigación, Universidad de Texas, San Antonio, Estados Unidos

Juan Camilo Rodríguez

Ph.D. en Historia, Universidad Nacional de Colombia. Presidente de la Academia de Historia, Colombia

Juan David Martínez Hincapié

Ph.D. en Lingüística - Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Profesor cátedra de Lingüística, Universidad de Antioquia. Profesor interno de la Universidad Pontificia Bolivariana, Colombia

Juan Fernando Cobo Betancourt

Ph.D. en Historia- University of Cambridge, Reino Unido

Juan Guillermo Ramírez

Ph.D. en Literatura Binghamton University, Estados Unidos

Luis Gonzalo Jaramillo

Ph.D. en Arqueología - Universidad de Pittsburg. Profesor asociado de la Universidad de los Andes, Colombia

Manuel Contreras Seitz

Ph.D. en Filología Hispánica- Universidad de Zaragoza, Profesor Universidad Austral de Chile, Chile

Margarita Jara

Ph.D. en lingüística hispánica- Universidad de Pittsburgh, Profesora asociada- Universidad de Nevada, Las Vegas., Estados Unidos

Mary Edith Murillo

Ph.D. didáctica de la lengua y la literatura- Universidad Autónoma de Barcelona, Universidad del Cauca, Colombia

Max Doppelbauer

Ph.D. en Lingüística Universidad de Viena. Profesor titular Universidad de Viena, Austria

Olga Stanislavovna Chesnokova

Ph.D. en Filología, catedrática del Departamento de Lenguas Extranjeras de la Facultad de Filología de la Universidad Rusa de la Amistad de los Pueblos, Federación de Rusia

Patricia Simonson

Ph.D. en Literatura Universidad de París III, Sorbona Nueva. Profesora asociada Departamento de Literatura Universidad Nacional de Colombia, Colombia

Paulina Meza

Ph.D. en Lingüística, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Profesora asistente, Universidad de la Serena, Chile

Pedro Martín Butragueño

Ph.D. en Filología Española- Universidad Complutense de Madrid. Director de la Nueva Revista de Filología Hispánica y Coordinador del Laboratorio de Estudios Fónicos, El Colegio de México, México

Richard File-Muriel

Ph.D. en Lingüística Hispánica - Universidad de Indiana Bloomington. Profesor asistente Universidad de Nuevo México, Estados Unidos

Rodolfo M. Cerrón-Palomino

Ph.D. en Lingüística , Universidad de Illinois. Profesor titular Universidad Católica de Perú, Perú

Rubén Pose

Máster en Filología Hispánica- Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Madrid. Profesor ayudante de primera, Universidad de Buenos Aires, Argentina

Simón Uribe

Ph.D. en Geografía, London School of Economics, Reino Unido

Virginia Bertolotti

Ph.D. Humanidades y Artes - Universidad Nacional de Rosario, miembro de número de la Academia Nacional de Letras de Uruguay. Investigadora del Departamento de Medios y Lenguaje, Universidad de la República de Uruguay, Uruguay

Victoria Cirlot

Catedrática de Filología Románica, Directora de l'Institut Universitari de Cultura, Departament d'Humanitats Universitat Pompeu Fabra, España

EDITORIAL

A sus 75 años, *Thesavrvs* mantiene como su objetivo principal la publicación y divulgación de investigaciones originales en ciencias del lenguaje y estudios literarios enfocados en la difusión de estudios sobre literatura y cultura, lingüística teórica y aplicada, escritura creativa y estudios editoriales. Así mismo, busca promover el intercambio de ideas entre especialistas en marcos de interdisciplinariedad.

El número que hoy presentamos, establecido para el periodo julio 2020 - junio 2021, se compuso como un monográfico para promover la apertura epistemológica del campo creativo e indagar por el rol de la investigación en el marco de sus procesos.

En este sentido se convocó a un grupo de escritoras y escritores para que reflexionaran y escribieran en torno a un mismo problema:

¿De qué naturaleza precisa es el conocimiento que construye el relato? Dicho de otro modo: ¿cuál es lugar epistemológico desde el que imagina, narra, reflexiona, poetiza y produce conocimiento y experiencia la escritura creativa?

Los diez artículos que presentamos abarcan modelos de análisis y evidencia empírica del proceso de creación, que esperamos aporten a la discusión sobre este tema.

Juan Manuel Espinosa
Editor

Juan Álvarez
Editor invitado

LA AURORA DE LAS COSAS

Andrea Mejía

Escritora y Doctora en Filosofía
andrea.mejia09@gmail.com

Resumen

En este texto quiero separar analíticamente dos tipos de conocimiento: un conocimiento “racional” y un conocimiento “intuitivo”. Quiero liberar el término “intuitivo” de toda asociación con una forma vaga o sentimental de expresar y representar la realidad. Esto me llevará a hacer una especie de elogio del impulso que libera a la escritura de toda obligación naturalista o científica. Pretendo alimentar en mí y en otros el coraje artístico necesario para orientarse de manera intuitiva, sin hacer caso de los programas tecnocráticos vigentes, hacia espacios a los que no podemos acceder racionalmente, para buscar en ellos una fuente de conocimiento que se abre paso en la escritura.

Palabras claves: racional, intuitivo, conocimiento, escritura, realidad, lenguaje, coraje artístico.

Abstract

In this text I want to analytically separate two types of knowledge: a “rational” knowledge and an “intuitive” knowledge. I want to free the term “intuitive” from any association with vague or sentimental expressions and representations of reality. I doing so, I will, in some way, praise the impulse that frees writing from any naturalistic or “scientific” obligation. I aspire to nurture, in myself and in others, the artistic courage needed to allow intuition, heedless of existing technocratic programs, to drive one toward spaces that we cannot rationally access, in order to explore, within them, a lasting source of knowledge that finds its way into writing.

Key words: rational, intuitive, knowledge, writing, reality, language, artistic courage.

Dos tipos de conocimiento

Hay una forma de conocimiento que organiza, relaciona y clasifica y hay otra forma de conocimiento que deja a las cosas ser y las libera en su delicadeza frágil o en el poder magnificante de su aparición. El primer tipo de conocimiento es considerado mayor. El segundo tipo, apenas si es considerado conocimiento. Aunque nada me fatigaría más que emprender una cruzada absurda en contra de un tipo de conocimiento, o a favor de otro, creo que nuestra atención y nuestra capacidad receptiva, en tanto escritores, debe concentrarse en el segundo tipo de conocimiento. Por lo demás, esta separación entre dos tipos de conocimiento es una separación de carácter analítico. Es decir que en la realidad muy rara vez, o nunca, encontraremos en obra una de las dos forma de conocimiento de manera pura. Se encuentran siempre entremezcladas, comprometidas, justo como lo están en este ensayo.

La primera forma de conocimiento está sujeta a esquemas lógicos, causales y temporales: se pregunta por qué, de dónde, hacia dónde. Se pregunta *qué es esto*. Se remite a un despliegue temporal de eso que se intenta conocer y necesariamente se remite a un esquema previo que determina o anticipa qué es lo que conoce. Ese esquema al que se remite es un objeto abstracto: una relación, una ley, un tipo, un concepto, un estado ya antes definido de cosas, una especie, una esencia. Es un conocimiento que en gran medida reconoce y dice: “esto” (algo particular, concreto, situado) es “esto otro” (algo general, universal, algo que tiene un estatus extraño: un objeto mental, digamos). O dice: “esto” es así por “esto otro”. Ese desdoblamiento de *esto*, esa distancia con respecto al misterio mudo de las cosas en su pura aparición es lo que procura un conocimiento racional y permite hacer juicios que hagan comunicable esa operación de subsumir algo concreto bajo algo general.

“Esto es esto otro” es la estructura de un juicio, o al menos de un tipo de juicio: esto es una flor, esta flor es una dalia, esta dalia está marchita. Por supuesto, es con esos juicios que escribimos. Pero en la escritura, las frases en las que la realidad va brotando con un ritmo desconocido, de manera directa, no están sostenidas por la estructura del juicio, o al menos los juicios no tienen la intención de determinar la realidad aspirando a un conocimiento racional de ella. La estructura del juicio determina un mundo de objetos, y

separa de esos objetos al sujeto que enuncia los juicios. En las frases que escribimos, al menos cuando escribimos literatura, es la vida misma la que brota en el lenguaje mismo, en las cosas que van apareciendo. Esta conexión íntima entre escritura y realidad es una de las formas de la fuerza intuitiva que nos relaciona de manera directa con la realidad. El mundo surge en el lenguaje, sale de su nido de oscuridad, y es la intuición, esa permeabilidad inmediata entre realidad y lenguaje, y no la fuerza determinante de la razón, la que corre y vive de una página a otra. El mundo se despliega mientras permanecemos despiertos, con los ojos abiertos sobre esa página, y con la misma fuerza suave vuelve a hundirse para caer en el silencio anterior a toda intuición.

El conocimiento racional es un conocimiento conceptual y experimental. A escalas no cotidianas de la vida humana, indaga en la naturaleza largos procesos causales para reproducirlos, para describirlos o intervenirlos, para poder anticipar qué va a ocurrir, para poder rastrear qué pasó y cómo, cómo algo llegó a ser lo que es, por qué razón. Es un conocimiento racional porque se apoya en formas de la razón y las estructuras que la sostienen: causalidad, temporalidad, esquemas inferenciales. Esto también lo hacemos en la vida cotidiana, a menor escala, aunque no estemos haciendo ciencia.

Pero la ciencia es el paradigma del conocimiento racional. El objetivo de este tipo de conocimiento es una progresiva familiarización con los objetos de su dominio, un reconocimiento sistemático de esos objetos formados en gran parte por las necesidades cognitivas y por distintas escalas de consideración de la realidad. El conocimiento científico manipula objetos identificados, estabilizados, o crea nuevos objetos, los combina, los describe, los representa, los calcula; los objetos flotan obedientes en los vastos cielos puros de la abstracción y se hacen concretos y materiales en el suelo de la técnica, que avanza como el sobrecogedor saber hacer humano, se traduce en una actividad planetaria frenética, inspirada, ansiosa, redentora, devastadora.

Un pequeño paréntesis pitagórico: de este cielo de objetos dóciles, herramientas del conocimiento, no hacen del todo parte los números que en su naturaleza más íntima tienen una realidad propia y son racionales (aunque haya números irracionales) en un sentido mucho más alto, emparentado más con el silencio que con la ciencia y con la técnica. La matemática pura es

intuitiva. Los números no son conceptos. A pesar de eso, es justamente gracias a lo matematizable, a lo que es reductible a la cantidad y al cálculo, que el método científico tiene tanto poder. La matemática participa entonces de una doble condición: por un lado, no solo es racional sino que es la base de la reducción y extensión científica de la realidad, es *la* herramienta del conocimiento científico; por otro lado, es ámbito de la intuición y de un conocimiento contemplativo. Por eso Pitágoras era también, o sobre todo, un místico.

La segunda forma de conocimiento es el contemplativo. Es un conocimiento que solo surge si olvidamos o suspendemos en parte el conocimiento de tipo racional que determina en gran parte nuestra relación con el mundo. Es un conocimiento que se presenta en principio como un no conocimiento, un saber que parece no saber.

Olvida los trazos abstractos de los esquemas racionales y se concentra en eso que aparece. Se absorbe en el despliegue sensible y concreto de su objeto. Es una forma de conocimiento que puede llegar a capturar el movimiento íntimo de algo, su vida presente, su expansión externa. Es un tipo de conocimiento que es fiel a la expresión de las cosas. Obedece a su objeto. Se asombra ante la riqueza sensible de eso que aparece. Es un dejar ser, más que un hacer.

No quiere o no puede reconocer, intenta olvidar o ha olvidado. El advenimiento de este conocimiento es una relación directa e inmediata con la realidad. Con la realidad en sus movimientos más callados y perecederos, también en sus movimientos más duraderos. Este conocimiento, ya sea dado en momentos raros y sin que lo busquemos, ya sea buscado a través de técnicas de concentración y meditación con las que intentamos también hacernos lo más transparentes posibles en las frases que escribimos, es una de las fuentes de la verdad en la escritura. Esta búsqueda de conocimiento intenta recuperar una extrañeza perdida frente a la aparición de las cosas para situarse en una especie de aurora de las cosas. O no intenta nada. Suspende los proyectos y las intenciones. No aspira a traducirse en actividad. No quiere frutos. No quiere recompensas. Antes de saber *qué es esto*, ve con asombro *que esto sea*. ¿Qué es esto? se pregunta. Se enlaza con los poderes conceptuales que hacen posible el lenguaje mismo. Es una planta, una nube, una estrella; esto es una

pared blanca, una constelación, un trozo de tiza, un hueso roto, una figura desapareciendo en las sombras de un camino; nubes amontonadas cayendo hacia el norte, en la parte baja del mundo; *esto* es una brizna de hierba. Es un niño desgarbado y muy flaco, de brazos largos, esperando para tomar un bus. Alguien viene a sacarlo de la fila y a decirle que no puede estar ahí. ¿Pero qué es *esto*? ¡Tantas historias más bellas que las respuestas! Si la escritura sale bien, nadie puede responder. Si la escritura sale bien, ella misma se olvida de preguntar y se queda en la observación atenta y detenida de la realidad. En las texturas y en la temperatura de las superficies y de los objetos que resisten o se entregan. Se olvida en esa extraña intimidad exterior de las cosas y de los seres, en su movimiento y en su quietud. Se desplaza de la explicación racional de la presencia al enigma de la presencia pura. Olvida la configuración previa de dominios de “presencia” en los que los objetos están enlazados por operaciones cognitivas sofisticadas o por hábitos. Suspende transitoriamente la aniquilación conceptual de la presencia. “Esto” no puede ser “esto otro” si queremos conocerlo en su extraña inmediatez. La concentración en la presencia es el poder que despliega esta forma de conocimiento intuitivo. Tampoco sofoca la presencia con juicios, en el sentido corriente de la palabra “juicio”: no se remite ni se detiene en las reacciones emocionales o normativas que se producen ante eso que aparece: esto es bueno, es malo, esto me gusta, esto no me gusta. Esta forma de conocimiento evita todo discurso que empiece por estribillos del tipo “esto me parece...”, “en mi opinión...”, “lo que yo sé”, “lo que a mí me ha parecido siempre”, porque sabe que con ese enjambre de palabras no hace más que sumarse al ruido general. El yo reiterativo y pequeño se borra, se desvanece, o se hace muy débil. Esta forma de conocimiento no ama. No odia. No reconoce. No manipula. No interviene. Deja que las cosas mismas, semejantes y desemejantes por sí mismas, avancen y despierten en verdad con una expresividad que les es propia, con una mutabilidad y una permanencia que les pertenece, con la belleza y el horror en sus cuerpos y no en nuestros juicios: las cosas en su aurora resplandeciente, con su luz y su verdad.

En el conocimiento intuitivo abandonamos toda indagación científica de las causas, todo conocimiento al servicio de un proyecto científico o tecnológico, y abandonamos también el dominio de la inferencia, del juicio y de

la opinión. Solo dejamos que eso, el poder de *eso* que tenemos enfrente nos trabaje, nos encante, nos domine. Caemos en una especie de beatitud ante un objeto, ante un paisaje, ante el movimiento de un cuerpo. Desaparece incluso el objeto y sus contornos en una especie de fluidez de las texturas y los colores. La humildad de la materia se une con una especie de flujo no temporal y eterno, que murmura como un río: *esto es, las cosas son, y quien las conoce es uno con ellas*. Ya no estamos ante dominios de objetos constituidos y delimitados por la racionalidad humana. Estamos ante la vasta desmesura de la realidad; la realidad que brota y surge incansable. Conocemos lo que es real. Comprendemos que la vida de las cosas, la vida misma de la realidad, es nuestra propia vida. Participamos del primer rasgo intrínseco de la realidad: su ser mismo. Vemos que las formas se vierten y transitan, transmigran, en una evanescencia que, intuimos, es nuestra naturaleza más profunda. La escritura puede ser la traducción más fiel de esa intuición.

Este segundo tipo de conocimiento prefiere el silencio a una sucesión de argumentos capaz de extenuar a quien lee y a quien escribe. Prefiere el silencio a un uso instrumental, informativo o académico del lenguaje. Pero no está por eso condenado al silencio. Deja que la realidad se exprese por sí misma en palabras. Para la intuición, la riqueza de lo sensible corresponde a la riqueza del lenguaje, pero no de tal manera que una surja antes que la otra: surgen conjuntamente y no son sino dos caras de la misma riqueza, de la misma verdad.

Podría creerse que en algunas tradiciones filosóficas o espirituales orientales, el conocimiento que llamo aquí intuitivo es más valorado. La meditación zen, por ejemplo, es la búsqueda de una apertura a la realidad en la que se suspendan las categorías racionales para acceder a la naturaleza profunda y fundamental de la mente, que para el budismo no es otra que la naturaleza profunda de la realidad. En relación con la escritura, uno de los textos sagrados del hinduismo, el *Ramayana*, hace una apología de la intuición receptiva cuando Brahma visita al poeta y asceta Valmiki, que compondrá el poema inmenso que es el *Ramayana* mismo. El dios le dice que todo lo que es desconocido para él se hará conocido, que en el poema que compondrá ni una sola palabra será falsa. Brahma visita al sabio Valmiki cuando ya la forma del poema (la *shloka*, que es el tipo de verso en el que está escrito el

Ramayana) y el contendio del mismo le son “revelados”. Pero la revelación no viene de afuera: es posible porque Valmiki mismo es real. La confianza infundida en Valmiki por una visita divina debe ser la misma confianza del artista o el poeta o de la escritora que sepa que por ser real tiene acceso a la realidad misma, y que puede decir su verdad desde su ser real.

Podría creerse también que el poder receptivo del conocimiento intuitivo ha sido mayormente despreciado por la tradición filosófica occidental que le ha dado supremacía a la actividad racional. Pero esto no es cierto. Hay filósofos que han situado el conocimiento contemplativo o intuitivo como la forma más alta de conocimiento: Platón, Spinoza, Schopenhauer. Platón y Spinoza, en una aparente paradoja, son también filósofos fuertemente racionalistas. Spinoza y Schopenhauer, cada uno a su manera, comparten intuiciones fundamentales de la sabiduría budista e hinduista que a la vez están emparentadas entre sí por vínculos de continuidad, aunque hay también rupturas fundamentales entre ellas.

Descartes habla también de la “intuición”, que para él es un conocimiento de un golpe, evidente. Y distingue la intuición de la deducción, que es un conocimiento mediado, por razonamiento. Para que sea verdadero, el conocimiento racional debe apoyarse en la evidencia intuitiva. La famosa sentencia cartesiana, “pienso, luego existo”, expresa un conocimiento intuitivo. Me parece muy significativo que la intuición, la llegada irrefutable de una verdad primera y directa, esté relacionada en Descartes con el “sentimiento”, o mejor con la experiencia inmediata y el carácter irrefutable y dado de nuestra existencia, es decir de nuestra realidad. Hay una unión íntima, inmediata, entre intuición y realidad. La enunciación aparentemente racional del *cogito* cartesiano, “pienso, luego existo”, como si la existencia viniera después del pensamiento, es en realidad la constatación directa, la conciencia del brotar de nuestra existencia. ¡Nuestra existencia es! Y es ser y pensamiento al mismo tiempo.

Kant le dio lugar también a una instancia intuitiva del conocimiento en su estética: no “estética” entendida como ciencia o teoría de lo bello, sino como el análisis de la sensibilidad. La sensibilidad es la potencia humana que recibe el torrente de lo real en las formas interiores no conceptuales

que para Kant son el espacio y el tiempo. La sensibilidad es una facultad que para Kant no opera nunca sola, siempre lo hace en relación con los poderes lógicos del entendimiento. Por eso su división fundamental entre estética y lógica es también una separación analítica.

El conocimiento contemplativo, aunque sin relación con la sensibilidad kantiana, también aparece separado, quizá también de manera puramente analítica, en Aristóteles, que distingue entre la vida activa (nuestra acción permanente en el mundo, los intercambios humanos y económicos, el trabajo y la política) y la vida contemplativa que es la *theoria* propiamente. “Teoría” significa originariamente ver de lejos, contemplar. El misticismo cristiano medieval, que hereda la distinción aristotélica entre vida activa y vida contemplativa, hace una apología de la contemplación, y llega a encontrarse muy cerca del budismo zen en obras como la del monje anónimo del siglo XIV, *La nube del no saber*. Este tipo de conocimiento se ha cultivado en las corrientes místicas de todas las religiones y tradiciones espirituales. Se considera no discursivo, a veces se lo trata como “experiencia pura”, como es el caso de Nishida, un filósofo japonés que intentó relacionar la filosofía occidental con las principales escuelas de pensamiento japonés, incluyendo el budismo zen que él mismo practicaba. Pero no son solo las tradiciones místicas las que han intentado profundizar la experiencia del conocimiento intuitivo. En el corazón racionalista de la tradición filosófica occidental, en Descartes, en Spinoza, en Kant, se distingue y se reconoce la intuición como una forma o un momento del conocimiento. También en Montaigne, en Pascal, en Husserl, y antes que todos, en Platón.

No es mi intención profundizar en ninguno de estos lugares que menciono solo de paso. Quería solo hacer notar que nociones diversas que pueden reunirse bajo el nombre de “conocimiento intuitivo” tienen también una larga historia detrás de sí, una serie de prácticas y de textos ligados a tradiciones de pensamiento riguroso, orientales y occidentales, que han buscado el lugar de este tipo de conocimiento en la experiencia de la realidad y de nuestra mente. Y me interesa sobre todo sostener que es esta segunda forma de conocimiento, intuitivo y contemplativo, mucho más que el conocimiento racional, la que está en la fuente de la escritura creativa y del arte en general.

La escritura como lugar de la aurora

Dije que la escritura podía ser la traducción más fiel del conocimiento intuitivo. Aquí puede haber un engaño inevitable o una ambigüedad. Porque la escritura, quizá hemos tenido la experiencia, es en efecto la traducción o transcripción de algo que se encuentra o se encontró ya en alguna parte. Antes. En el mundo. Y hemos visto sin duda de qué manera la fugacidad de la experiencia inmediata de la realidad puede encontrar, a través de la escritura, una forma más estable y duradera.

Pero a lo mejor no es posible distinguir entre la experiencia inmediata de la realidad y el surgimiento de las palabras en la escritura. O mejor: tal vez es posible no hacer esa distinción.

La escritura es el murmullo de lo sensible y propicia el surgimiento de las cosas en la literatura: la luz, la sombra, las formas, el choque imperceptible de algo muy leve contra una superficie lisa o rugosa. El cielo se descuelga en la escritura misma. Los gestos se descomponen y duran de una forma que ninguna transcripción realista podría sostener o permitir. El mundo va brotando de las palabras, pero no porque estas sean entidades abstractas y vacías que se llenen de contenido, sino porque en su disposición se prestan para la aparición cercana y concreta de la materia, teñida, purificada, de tal forma que el “contacto con lo real” es devuelto a su inmediatez. La escritura no es simplemente una serie discursiva de conceptos en los que hacemos encajar la riqueza de lo sensible. Es el surgimiento de esa riqueza. La escritura misma es una aurora y no la traducción o transcripción mediada, apocada, de este conocimiento. En la escritura, tanto quien lee como quien escribe, se encuentra en un espacio en el que ya no importa ese “quien”. Las cosas mismas surgen en un instante de brillante hallazgo, envueltas en una luz sorprendente y fresca, o apagadas por la oscura belleza de lo sombrío y de lo aterrador. La indagación por la causa de las cosas se suspende. Esas cosas están ahí sin razón y sin finalidad. La escritura es así el lugar de la aurora.

Así que al escribir abandona todo lo que sabes, todo lo que crees. Entrégate a lo real. Deja que la energía misma de la realidad impregne tu escritura. Descarta opiniones, abstracciones, ideologías. El alimento de unos es veneno para otros. No te quedes con lo que sabe tu yo pequeño, no hagas caso a su pavoneo desdichado. No arañes “la realidad” para blindar tu escritura con

la supuesta autoridad de los hechos o con el pensamiento de un grupo. No le des tampoco crédito a tus “sentimientos” o a lo que crees que necesitas en un primer momento expresar. Los sentimientos reales son incognoscibles. Solo reconocemos lugares comunes afectivos y sentimentales que identificamos y reiteramos en combinaciones pobres y fatigosas. Los supuestos hechos ya los conocemos, están en la red, están en los periódicos: no reescribas. No “investigues”. El objetivo de la literatura no es reproducir los hechos, los períodos de la historia; no es reproducir discursos. No es ni siquiera incrementar el conocimiento racional. El objetivo de la literatura no es imitar a las ciencias humanas que a su vez se han dedicado a imitar a las ciencias de la naturaleza siguiendo un paradigma potente pero no siempre adecuado. No mendigues el saber que solo la ciencia puede procurar. El objetivo de la literatura es llevarnos a un estado no conceptual de asombro y maravilla en donde podemos abrirnos a otro tipo de conocimiento directo, intuitivo, no mediado de la realidad. Busca a través del trabajo y de la práctica ese estado beatífico en el que la ilusión del control caerá. Escribir se parece mucho más a meditar que a presentar informes o a cumplir con reglas de fabricación técnicas. No se parece, como se dice a veces, a un saber artesanal que es capaz de ver todo el proceso antes de que se haya cumplido, un proceso que ya conoce su objeto y lo tiene bajo los ojos de la mente, como una casa o un cesto que se va a fabricar. La escritura no es un trabajo artesanal. Los talleres de escritura no deberían tener ese nombre.

Confía en las fuerzas que te anclan a la realidad: tú mismo eres real. Esa es toda tu divinidad como artista, como ser humano. Ese es tu saber más valioso: ser real. Incrementa ese conocimiento, hazlo expresivo; intensifica tu conciencia al simplificarla, profundiza tu intuición al seguirla y ver que siempre te lleva a un dominio artísticamente más fecundo y verdadero que el de los “planes narrativos”, o como los llamen. No sigas ninguna fórmula pero obedece ciegamente a tu intuición y traduce esa obediencia en horas de trabajo. “Intuición” no quiere decir “corazonada”. No quiere decir desahogo desafiado. Por intuición no debe entenderse una percepción vaga o sentimental de la realidad. “Intuición” quiere decir permanencia en una realidad lo más liberada posible de todo conocimiento previo. De todo influjo racional. La intuición es la observación y el goce de ver las cosas brotar en la escritura.

Basta con lo que te han enseñado: son secuelas preciosas de las infinitas escuelas por las que ha transitado nuestra especie. Agradece eso pero olvídalos en el momento de escribir. Para ti es polvo. Ahora, deja surgir la visión. Describe *esto*, conoce *esto*. Este extraño *aquí*. No importa si es adentro o afuera, al final esa distinción también caerá. Haz de tu escritura un ritual que te recuerde que cada día, antes de estar extraviado en dominios de objetos abstractos y funcionales, estás en la realidad, eres parte de ella. ¿Cómo? ¿Dónde? ¡Esto! ¿Esto otra vez? ¿Esto por primera vez? Cada vez, una vez, ninguna vez. Estas son las preguntas, las exclamaciones y las ocurrencias que cuentan. Haz que la escritura te recuerde lo poco que sabes de la realidad, de eso a lo que abres los ojos cada mañana y que se sigue proyectando en las sombras largas del sueño.

Que la escritura enmiende el trato tan indirecto que tienes con la realidad en tu vida académica o cotidiana, incluso en tu vida afectiva, que nombras con lo que ha sido ya dicho mil veces y que escindes en porciones ya conocidas, separándote de un torrente anímico fluido hecho de serenidad y de espanto. Que la escritura te devuelva la serenidad, te devuelva el espanto. Que te libere de todos los lugares comunes. Los lugares comunes son apenas lugares, son los lugares empobrecidos de los que todo el impulso de conocimiento, toda presencia real se ha retirado hace mucho tiempo.

La escritura puede ser también proyecto, expresión permanente de opiniones, fatiga y desconocimiento, ignorancia disfrazada de “yo, que he vivido”. ¿Qué sabemos al nacer que olvidamos cuando estamos cerca de la muerte?

Pero la escritura puede ser también puro despertar, apertura, conocimiento de la realidad, infatigable extrañeza. La escritura está emparentada con la forma más alta de la sabiduría, el saber de lo real; porque más allá del asombro, o de cualquier reacción racional, discursiva, emocional, la escritura es dejar ser, y es ser uno con eso que es. La escritura nos pide, como un viejo maestro budista alegre y rabioso: di, si puedes, algo acerca de *esto*. Olvida *eso otro*.

El júbilo de este conocimiento es el júbilo más puro de la escritura y es la razón verdadera por la que escribimos. No escribimos para publicar

libros ni por vanidad. No escribimos para ganarnos la vida. No escribimos para cumplir planes narrativos entretenidos y de una pobreza abismal. Escribimos para conocer, para entregarnos a la experiencia de la realidad, y esa es nuestra experiencia más importante como la forma de existencia consciente que somos ahora.

Andrea Mejía

(Bogotá, 1978). Escritora y Doctora en filosofía.
Ha publicado el libro de relatos *La naturaleza seguía propagándose en la oscuridad* (2018) y la novela *La carretera será un final terrible* (2020).



THESAURVS

REVISTA DIGITAL DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO
NÚMERO 60 - JULIO 2020 - JUNIO 2021

thesaurus.caroycuervo.gov.co